

## Prólogo

He disfrutado leyendo este libro sobre magia y cristianismo en la época tardoantigua: resultó para mí un revulsivo y me llevó a reconsiderar algunas cuestiones relacionadas con el tema de la magia, de sus rituales y de su explicación como fenómeno social. También me fue útil para precisar y repensar aspectos relativos a la religión y su función como fenómeno cultural de primer rango. Doy por supuesto que para los historiadores ha de aportar este trabajo ideas y sugerencias que permiten entender un poco mejor algunos aspectos de esos siglos un tanto penumbrados, en los que aparecían turgentes novedades que, aunque anunciaban tendencias posteriores, no se habían consolidado aún.

Afirma Amalia Tranco que todo hecho y acontecimiento histórico es relevante por sí mismo, pero que para ella son especialmente interesantes esos trozos «fronterizos» de la historia, esos momentos en que se están gestando cambios importantes, pero aún no han descubierto su auténtica cara, enmascarados en contradicciones. No puedo estar más de acuerdo y comparto este interés por tiempos borrosos como la Antigüedad tardía, cuando se perfilaron cambios decisivos en la historia de Europa.

Como es de esperar, la autora se plantea en primer lugar definir el concepto de magia contraponiéndolo al de religión. Magia y religión siempre han estado unidas y el intento de diferenciarlas ha sido una discusión clásica en antropología. Todos los historiadores han recurrido desde el siglo XIX a las ideas básicas de los antropólogos evolucionistas sobre lo que separa lo mágico de lo religioso, estos fenómenos culturales tan importantes para entender al ser humano. Desde hace ya tiempo, especialmente tras la obra de Émile Durkheim, la antropología reconoce lo difícil que es diferenciar la magia de la religión, pues ambos mundos comparten el mismo territorio, si no es teniendo en cuenta el papel que juegan desde el punto de vista social. Las nuevas religiones condenan a los antiguos sacerdotes a la clandestinidad, por eso se ha dicho que los brujos de hoy son los sacerdotes de religiones que han sido derrotadas.

Amalia Tranco aborda un tema de mucho interés: el que se refiere a cómo fue discurriendo en la Antigüedad el pensamiento mágico, desde las grandes civiliza-

ciones de Egipto, Mesopotamia y Anatolia hasta Grecia y Roma y la importancia que tuvo el mundo helenístico, mucho más trascendente de lo que comúnmente se reconoce. También la autora alude a la importancia de la cuestión del género, pues a lo largo de todo el desarrollo de las creencias, prácticas y represión de los fenómenos mágicos la cuestión de ser hombre o mujer es muy relevante.

Fue extraordinario el éxito del cristianismo en su labor sincrética para configurar una doctrina coherente y atractiva asimilando creencias de distintas procedencias: judías, griegas, helenísticas, gnósticas y romanas. Esa capacidad asimiladora le permitió un éxito sin precedentes en la historia para lograr finalmente dominar el Imperio romano, su encarnizado enemigo anteriormente.

Todo este proceso de crecimiento del cristianismo se desarrolló con la incansable condena de los discrepantes, acusados de herejía: es herético el que se desvía de la norma dominante y se convierte entonces en candidato seguro a la categoría de brujo, contaminado por el poder maligno. La propia denuncia del hereje o del brujo genera rituales muy interesantes, como los que comenta Amalia Trancho en los actos de quema de libros malignos. Es el caso del tema central de su estudio, el *Poema de Cipriano y Justina*: el mago quema ritualmente los libros de magia delante de un «santo», que lo limpia y lo adoctrina, ante la observación de la comunidad. En este contexto todo el mundo debía andarse con cuidado: tan próximas estaban la magia y la religión que no era raro que hombres poderosos de la Iglesia acabasen siendo condenados por prácticas de hechicería. En varias zonas de Europa cargos importantes de la Iglesia tenían una posición ambigua y a menudo militaban también en el lado oscuro, hasta que una denuncia los «descubría».

Es muy interesante la mención que se hace en esta obra sobre la sustitución de papeles en todo este proceso: a los magos paganos, convertidos en brujos y hechiceros, los sustituyen los santos cristianos, encargados ahora de espantar el mal y procurar la salud. Es aquí donde se entiende la proliferación de los relatos maravillosos sobre los santos, de los que vendrán, como réplicas de siglos más tarde en la Edad Media, las vidas de los santos, que se adornaban con aspectos extraordinarios y hasta alucinantes. Así, en la extraordinaria obra de Santiago de la Vorágine (*LEYENDA DORADA*, siglo XIII) apareció bien reflejada la historia de Justina y Cipriano y la derrota del maligno. En estas vidas de santos la fantasía no tiene a veces límite y los sufrimientos, de igual manera que los milagros, superan lo imaginable. Nos cuenta Santiago de la Vorágine que, poco antes de ser decapitados Justina y Cipriano, intentaron freír a los dos mártires en una gran sartén con cera, pez y grasa, pero las llamas saltaron y abrasaron a un sacerdote pagano, mientras ellos quedaban ilesos.

Resultan muy sugerentes los caminos que la autora de este libro recorre a partir del paradigmático *Poema de Cipriano y Justina*, un texto panegírico que había sido

escrito hacia el año 440 por la emperatriz de Constantinopla Aelia Eudocia Augusta. Se trata de una obra muy significativa en muchos aspectos y en ella se vislumbra el comienzo de una nueva sensibilidad, un nuevo clima que anuncia lo medieval en cuanto a una nueva forma de representación simbólica. Es muy valiosa la descripción de los antecedentes de este texto y las consecuencias que tuvo en el mundo literario con la figura de aquel que vende su alma al diablo, rubricando su pacto con la propia la sangre. Si la consecuencia más conocida en la literatura universal es el famoso *Fausto* de Goethe, otras muchas huellas se pueden encontrar, siendo muy destacables las que aparecen en autores españoles como Gonzalo de Berceo, don Juan Manuel, el Arcipreste de Hita y, especialmente, el gran Calderón de la Barca en su extraordinaria obra *El mágico prodigioso*.

Sin duda alguna el lector disfrutará siguiendo los hilos conductores que hacen confluir en la mentalidad popular creencias mágicas y cristianas, de lo que es una clara manifestación la difusión de los *ciprianillos*, que gozaron de mucha popularidad en zonas de España y América, y que son una especie de grimorios elaborados a partir de aquel mítico *Libro de San Cipriano*.

Este mundo mágico en la Antigüedad tardía y en la época medieval está aún anclado en creencias vigentes en territorios como Asturias, una de las zonas europeas que mejor ha conservado ritos y tradiciones ancestrales. Aún se oye en el occidente asturiano expresiones como *tener pautu*, que significa tener una buena suerte sólo explicable por un pacto ventajoso con el demonio. Ensalmos, amuletos, creencias y rituales que aún hoy se recogen en Asturias vienen de ese mundo antiguo y medieval en que florecía la brujería y el poder de la acción mágica. Pongamos un ejemplo concreto. Es sabido que aún tiene vigencia en Asturias el rito de *pasar lagua* para curarse del *mal de güeyu*, el mal de ojo. Quien padece un mal u otra persona de su familia acude a la maga o bruja para que descubra si realmente hay un *agüeyamientu* o embrujamiento y, tras observar las burbujas que forma un *alicorniu* en el agua de un recipiente, se diagnostica que efectivamente ha habido tal embrujamiento. A continuación, se recomienda beber el agua curativa durante un periodo de tiempo. Es, evidentemente, la misma estructura ritual que podemos leer en este libro (apartado II.4.).

Acuden al hombre santo, él mismo o las personas cercanas, para que, apiadándose de él le libre del mal mediante un exorcismo. Éste consta de tres partes: la plegaria al monje, la señal de la cruz sobre el cuerpo y la unción, o en su caso bebida, de agua o aceite.

En Asturias el elemento mágico por excelencia es el agua, mientras que en el sur de la península lo es el aceite, que también pasó a ser muy usado ritualmente en Iberoamérica. Tenemos aquí un ejemplo, entre los muchos que podemos encontrar,

de cómo las creencias y prácticas mágicas continúan teniendo alguna vitalidad en los intersticios y en las partes marginales de la sociedad. Y todo el interés que estas cuestiones puedan despertar en nosotros encuentra una fuente importante de información en el mundo de la magia y de la religión en la Antigüedad tardía y en los tiempos medievales.

ROBERTO GONZÁLEZ-QUEVEDO  
*Doctor en Antropología y Filología Hispánica*